

Mona Kasten



EMPEZAR



AGAIN

Él ha fijado las reglas.
Ella las destrozará todas.

1

 Planeta

MONA KASTEN

AGAIN. EMPEZAR

Traducción de Albert Vitó i Godina

 Planeta

Título original: *Begin Again*

© Bastei Lübbe AG, Köln, 2016
© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: julio de 2019
ISBN: 978-84-08-21348-2
Depósito legal: B. 12.547-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

WHITE.

Me quedé mirando fijamente el rótulo del timbre. Con la cabeza ladeada, levanté un dedo para pulsar el botón pero me detuve en el último segundo y bajé la mano de nuevo. Apreté los labios y los puños mientras repasaba mentalmente todo lo que había ocurrido durante los últimos días.

Las riñas con mis padres habían quedado atrás, a casi dos mil kilómetros de distancia, tras un trayecto en coche de veinte horas. Había pasado las dos noches que habían transcurrido desde que había llegado a Woodshill en un albergue decrepito. Y aunque durante las primeras horas había estado a punto de recoger mis cosas para dejarlo todo y regresar con mis padres, dos días después ya lo veía más claro. Porque al fin y al cabo lo había conseguido. Estaba allí y eso era lo que contaba.

Sin embargo, las cosas habían empezado de un modo muy distinto del que yo había imaginado. Por supuesto, antes de llegar había buscado en internet cómo era el entorno que encontraría, de manera que ya estaba familiarizada con las montañas y los bosques de Oregón y, sobre todo, con el campus universitario. El día anterior había asistido al acto de inauguración del primer semestre, y justo después había empezado con las visitas concertadas para encontrar piso. Sin embargo, las gestiones

previas demostraron no servir para nada, porque me llevé un chasco tras otro. Eso sí, por fin estaba en Oregón.

Libertad.

Esa idea tan simple había sido el único pensamiento capaz de ayudarme a seguir adelante durante los instantes de duda. Por fin podría empezar a construir mi propia vida, por fin podría hacer lo que quisiera, tomar mis propias decisiones. Mis primeros diecinueve años de vida habían estado plagados de restricciones. En ocasiones me había sentido como un pájaro al que sólo le permiten salir de la jaula un ratito cada día para revolotear un poco. Porque en cierto modo no hacía más que revolotear: siempre preocupada por ofrecer el mejor aspecto durante las fiestas, sonriendo con cordialidad a personas a las que no conocía y manteniendo conversaciones banales con ellas. En ese campo, había demostrado ser una verdadera artista. O un pajarillo bastante dócil.

La apariencia siempre había sido lo más importante para mis padres. Siempre se aseguraban de que llevara el peinado impecable, de que me vistiera con ropa de diseñador y de que exhibiera una sonrisa radiante en cualquier situación, hasta el punto de haber aprendido a activarla como quien pulsa un botón. Siempre había tenido que ser perfecta, al menos por fuera. Por eso la primera medida que había tomado nada más convertirme en universitaria (además de preparar unas cuantas cajas con mis cosas) había sido acercarme a la peluquería más cercana y pedir que me cortaran y tiñeran la melena. Salí de allí con el pelo castaño a la altura de las mejillas. Por primera vez desde hacía muchos años, lucía el ondulado natural de mi pelo, algo que mi madre había despreciado siempre, porque odiaba que hubiera heredado el pelo de mi padre.

Durante años me había llevado cada cuatro semanas a un salón de belleza elitista, de esos en los que te miran de reojo si te

desvías siquiera medio centímetro del modelo que ellos consideran adecuado. Insistía en teñirme el pelo de color rubio miel para destacar tanto como fuera posible mi peculiar tonalidad de ojos, una mezcla de gris y verde. Ya desde muy pequeña había aprendido a levantarme muy temprano por la mañana para poder domar mis ondas con la plancha, de manera que en el momento de salir a la calle tuviera el rostro enmarcado por un pelo sedoso que poco tenía que ver con su verdadera naturaleza. Todo eso se había acabado, por fin. Nadie, y mucho menos mi madre, volvería a decidir por mí la forma o el color de mi pelo.

Cada vez que notaba las cosquillas que me hacían las puntas de mis cabellos, recordaba la conquista de aquel pequeño fragmento de libertad. El cambio de peinado había sido un primer paso en esa dirección, y aunque pueda sonar ridículo, la verdad es que gracias a eso me sentía una persona totalmente nueva.

Sea como fuere, lo cierto es que cambiarme el peinado no me había servido para encontrar alojamiento. Ni siquiera había solicitado plaza en la residencia de estudiantes porque no me apetecía despertarme un día en mi cuarto y encontrarme a mi madre examinándolo todo con desprecio. Solamente para evitar esa posibilidad había preferido buscar una habitación en un piso compartido en la zona que rodeaba el campus universitario. Tenía la esperanza de que al menos allí no me encontraría tan fácilmente. Aun así, lo cierto es que eso me complicó también las cosas, como pude comprobar durante el primer día y medio.

Dejando de lado el hecho de que había encontrado pocas habitaciones libres entre las que poder elegir, las que había podido ver sólo podían definirse como absolutamente desastrosas.

En la primera visita que había concertado, mi potencial compañero de piso se había interesado mucho más por la talla de mi sujetador que por mis malos hábitos. Con sólo volver a

pensar en ese perverso me entran escalofríos. Tampoco había resultado mejor la madre, que, apestando a humo de tabaco, me había demostrado que no sólo buscaba una compañera de piso, sino también una canguro que se ocupara de su hijo. En el sexto piso me recibió una pareja que empezó a montárselo delante de mí durante la visita, hasta el punto de despedirme en ropa interior cuando me largué de allí. Respecto al resto de las visitas, o bien los pisos estaban llenos de trastos y porquería, o bien completamente invadidos por el moho. No sé por qué, pero había imaginado que encontrar alojamiento sería mucho más sencillo.

Tal vez por eso me costaba tanto llamar al timbre de la última dirección en la que había concertado una visita. Entretanto, las letras del rotulito iluminado que había junto al timbre me estaban quemando la retina.

WHITE.

Era mi última oportunidad. No había encontrado más ofertas. Si no podía mudarme a ese piso a principios de la semana siguiente, me vería obligada a dormir en la calle. Ya había empezado el semestre y todo estaba lleno hasta los topes. Además, a partir de ese momento no dejarían de subir los precios. Las siete noches en el albergue me habían costado medio riñón, y aunque en la cuenta corriente tenía una suma de dinero considerable, pensaba destinarla a costear algo más que una cama en una cochambrosa habitación compartida con once personas más y con duchas mixtas y comunitarias en el pasillo.

Debía conseguir aquella habitación como fuera. De lo contrario, tendría que empezar el curso durmiendo en un banco del parque o dentro de mi diminuto coche. Y, aun así, lo que no me planteaba de ningún modo era la posibilidad de regresar a Denver. Abandonar no era una opción para mí. Estaba decidida a encontrar un nuevo hogar allí como fuera, y si tenía que pasar

unas cuantas noches durmiendo al raso no me importaba lo más mínimo. Cualquier cosa antes que regresar a Denver.

Respiré hondo y hundí el dedo en el timbre del portero electrónico. Mientras esperaba a que alguien respondiera, dejé que mis pulmones se llenaran del aire fresco del atardecer intentando ignorar la presión que empezaba a sentir en el pecho.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco...»

Cerré los ojos y me puse a contar mentalmente los segundos.

Por fin, se oyó el zumbido que me permitió abrir la puerta del edificio y respiré hondo una vez más antes de cruzar la puerta.

El señor K. White, del que todavía no sabía el nombre de pila, me había dicho por correo electrónico que la vivienda estaba en la segunda planta, puerta izquierda. Antes incluso de pisar el primer escalón, oí cómo se abría una puerta y alguien murmuraba algo que al principio no logré descifrar pero que se volvió cada vez más inteligible a medida que fui subiendo por la escalera.

—Ya tienes mi número —susurró una voz femenina.

Un carraspeo.

—Mira, ya sabes que yo...

—Que no quieres compromisos, lo sé, lo sé. Me lo has dejado clarísimo.

Acto seguido se oyó un sonido sospechoso. Agucé el oído y me quedó bastante claro que alguien se estaba besuqueando en el rellano, y luego oí los pasos de una persona que bajaba por la escalera. Hasta ese instante no me había dado cuenta de que me había detenido a medio tramo. Me obligué a continuar subiendo los escalones con la mirada fija en el esmalte de uñas azul de mis pies y en mis sandalias de tiras plateadas. Era una de las pocas piezas de vestuario caras que me había llevado. Supongo que seguía apegada a unas cuantas cosas, por mucho que me doliera reconocerlo.

Un leve suspiro sonó muy cerca de mí. Levanté la mirada y vi a la chica que pasó por mi lado con paso firme. Sin duda alguna acababa de salir del piso que yo estaba a punto de visitar. Ni siquiera me miró, pasó de largo esbozando una sonrisa ilusionada y soñadora, y por el color sonrosado de sus mejillas y el pelo alborotado me hice una idea de lo que había estado haciendo allí dentro hasta hacía un momento.

«Joder.»

Subí los últimos escalones con la frente fruncida. No vi al señor White por ninguna parte, por lo que recorrí el rellano titubeando y mirando a mi alrededor. A la izquierda vi una puerta entreabierta y pensé que tenía que ser el piso que estaba buscando.

La empujé un poco para terminar de abrirla, pero me quedé todavía frente al umbral, sin saber qué hacer.

El pasillo estaba limpio y ordenado: vi un perchero con un par de chaquetas colgadas y, debajo, varios pares de zapatillas deportivas, unas botas de motorista y otras de montaña. Arqué las cejas y ladeé la cabeza en un gesto de aprobación. Ese calzado ahí reunido parecía un testimonio claro de la variedad de intereses de su dueño. Me atreví a cruzar el umbral y a adentrarme por el pasillo estrecho. Al ver el suelo laminado de color claro, respiré aliviada: por fin un piso sin moqueta. Me apresuré a descalzarme y dejé las sandalias junto al resto de los zapatos. Si algo había aprendido durante los últimos días era que la gente se llevaba una buena impresión con ese gesto, por mucho que después tuvieran la moqueta hecha un asco.

—¡Lo siento, tío! —dijo una voz que me llegaba amortiguada desde la habitación que quedaba junto al pasillo—. Me he pasado una hora entera intentando que se marchara sin quedar como un cabronazo. Pero es que hay gente que no pilla las indirectas ni a tiros...

Caray. Parecía un tipo realmente agradable.

La voz empezó a oírse con más claridad.

—Sí, tenía poco tiempo antes de la visita que tengo concertada, pero ha molado igualmente.

Oí que se iba acercando a mí, sus pasos retumbaban sobre el laminado del suelo.

—Cuando tengas novia, no seré yo quien te critique, al menos mientras...

Cuando el señor White apareció por la puerta, él no fue el único que se quedó boquiabierto. Eso sí, yo lo rematé con una exclamación ahogada.

Lo primero que vi fue su torso desnudo: firme y musculado. Lo segundo, sus tatuajes. Sin darme cuenta, incliné la cabeza mientras examinaba la tinta que le teñía la piel bronceada. Fue una lástima no tener las gafas a mano, porque sólo conseguí divisar de un modo borroso las palabras que llevaba escritas en los antebrazos y las que formaban un anillo alrededor de sus abultados bíceps.

«Madre de Dios.»

Cuando se aclaró la garganta me despertó del trance en el que me había sumido en un santiamén.

—¿Qué coño haces aquí?

Me lo quedé mirando absolutamente perpleja. No era mucho mayor que yo, uno o dos años a lo sumo, y tenía los ojos de color caramelo, barba de dos días y el pelo mucho más largo por arriba que por los lados.

Tardé un poco, pero al final encontré palabras para responder.

—Había concertado una visita por correo electrónico —balbuceé precipitadamente.

El señor White (porque dentro de mi cabeza yo seguía llamándolo de ese modo, consciente de que era una soberana tontería) negó con la cabeza y me miró con recelo.

—A. Harper... —murmuré en voz baja, y por fin pareció que algo encajaba dentro de su cabeza.

Me recorrió con la mirada de arriba abajo una vez más y, con una expresión ensombrecida, movió la cabeza de un lado a otro muy lentamente.

—No.

—¿No? No, ¿qué? —exclamé.

Desesperada, respondí a su mirada humillante, pero cuando me disponía a replicar también con palabras, me interrumpió con el mismo monosílabo lacónico de antes:

—No.

—¿Cómo que no? —exclamé con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¡Claro que le envié un correo electrónico!

—Tiene que haber algún malentendido. Pero lo que está clarísimo es que tú aquí no te quedas —dijo dándome la espalda.

Acto seguido, sin esperar respuesta, se fue hacia... Bueno, en ese momento no sabía hacia dónde había ido porque al fin y al cabo ni siquiera había podido ver cómo era el maldito piso.

—¡Seguro que encuentras la salida tú solita! —me gritó por encima del hombro.

Una vez más, me quedé boquiabierta. Y sin palabras, además.

El tipo simplemente había decidido pasar de mí. Me había dejado en el pasillo sin darme la más mínima oportunidad de convencerlo. Ni siquiera había podido soltarle el discurso que me había preparado para las visitas. Durante las últimas cuarenta y ocho horas había tenido que tragar un montón de mierda, pero aquello..., aquello era insuperable.

De repente se me cruzaron los cables y de mi garganta escapó un gruñido de frustración. Mis pasos retumbaron en el suelo cuando seguí al señor White llena de determinación.

—¡Eh! —le grité furiosa, entrando en una sala de estar que enseguida me pareció luminosa y agradable. El imbécil se detu-

vo de repente y se volvió hacia mí con el ceño fruncido—. ¡No puedes echarme así como así! ¡Ni siquiera me has enseñado el piso!

Su piel bronceada reveló cierta sensación de asombro que no pudo contener dentro de los límites de esa apariencia gélida.

—¿Que no puedo? —replicó, y esa vez fue él quien cruzó los brazos sobre el pecho, lo que me permitió ver todavía con más claridad los tatuajes de sus antebrazos.

Me pareció oír los chillidos furiosos que mi madre soltaba siempre que algo le parecía absolutamente horrible.

—No, no puedes. ¡Lo acordamos por mail, joder! Me dijiste que viniera a ver el piso, o sea que no pienso marcharme hasta que me hayas enseñado la habitación y me hayas dado la oportunidad de convencerte de que seré una buena compañera de piso —le espeté, intentando contener las ganas de soltar un rugido.

El muy imbécil arqueó las cejas y me dedicó una mirada de desprecio.

—Como ya te he dicho, ha sido un malentendido, creía que eras un tío. Y queda claro que no lo eres.

Me repasó con la mirada una vez más, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo con los ojos llenos de desprecio.

—Busco un compañero de piso. *Compañero*. No *compañera* —insistió subrayando la última letra. Más que pronunciarla, pareció como si la hubiera escupido.

Dentro de mi cerebro saltaron todas las alarmas en cuanto me percaté de que, por muy desastrosas que hubieran sido el resto de las visitas, aquélla se llevaba la palma.

—¿Tienes la menor idea de lo que he tenido que aguantar durante los dos últimos días mientras buscaba piso? —empecé a decir con el pulso cada vez más acelerado—. Un tipo me ha preguntado cuál era mi talla de sujetador mientras se paseaba

por la cocina en calzoncillos. Unos calzoncillos roñosos, por cierto. ¡En tres pisos me han ofrecido pagar el alquiler con favores sexuales, en otro pretendían que trabajara como canguro, mientras que en otro he evitado por los pelos que mis futuros compañeros de piso se pusieran a follar delante de mis narices!

A esas alturas ya estaba gritando a todo pulmón, y no estaba dispuesta a bajar la voz. Había abierto las compuertas y el torrente de palabras ya era imparable, estaba realmente desbocada. Si llego a saber dónde estaba la cocina del piso, habría agarrado una sartén y se la habría estampado en la cabeza a ese cabronazo como se lo había visto hacer hacía poco a Rapunzel en la película de Disney.

—He estado en habitaciones con las paredes negras de moho —continué—. He visto pisos tan llenos de mierda que ni siquiera se veía de qué color era el suelo. En serio: en uno de ellos no sabía si pisaba moqueta o qué coño era lo que recubría el suelo. He estado en apartamentos en los que olía tanto a hierba que he salido colocada sin haber dado ni una sola calada.

Di un paso más hacia él y eché los hombros atrás.

—En Woodshill, para mí las cosas han empezado como el culo. O sea que no me digas que me marche sin más. ¡Quiero ver esa puta habitación!

La expresión furiosa del tipo había desaparecido, pero en su lugar sólo encontré indiferencia, como si le estuviera haciendo perder unos segundos valiosos.

—Mira, es precisamente por esto por lo que no quiero compartir piso con una chica —dijo con toda tranquilidad—. Creo que puedo seguir viviendo perfectamente sin tener que aguantar todo ese parloteo y tanta chorrada sentimentaloides.

Los hombros empezaron a temblarme a medida que mi cuerpo iba acumulando más y más adrenalina. Seguramente lanzarle toda la mierda que cargaba no había sido la mejor idea

que había tenido en mi vida, pero a veces me costaba dejar de hablar antes de vomitarlo todo.

—¿Has terminado o piensas explayarte todavía más? Porque según lo que tengas que decirme casi preferiría ponerme algo —dijo impasible. Tanta indiferencia todavía me puso más rabiosa.

—Muy bien —gruñí.

Resignada y furiosa a partes iguales, di media vuelta y, después de chocar contra una lámpara de pie, solté un taco descomunal. A grito pelado. Y otro más cuando oí cómo se reía a mi espalda. Fue una risa grave, una forma de reír que me habría gustado si se la hubiera oído a cualquier otro hombre. Pero no a ese cabrón arrogante y presuntuoso. Mientras salía del piso, todavía pude oír que recibía una llamada. Tenía como sintonía de móvil una canción de los Fall Out Boy. Hay que reconocer que como mínimo era un imbécil con buen gusto para la música. Una vez más sentí el impulso de bufar como un gato y pensé que seguramente acabaría comprándome uno. Nunca como en esos momentos me había sentido tan próxima a un animal.

Las lágrimas me ardían en los ojos mientras me volvía a calzar las sandalias. No quería regresar a Denver, a esa vida irreal que parecía de plástico.

Toda mi personalidad había resultado ser una mera fachada que mi madre había erigido a su gusto. Eso me había quedado más que claro hacía apenas tres años, el día que comprobé hasta dónde estaba dispuesta a llegar mi madre para cumplir con sus objetivos y mi confianza quedó primero dañada, luego zanahada y finalmente destrozada en mil pedazos. Hasta entonces había creído que mi madre me protegería siempre. Sin embargo, en lugar de eso, ella prefirió conservar las apariencias y seguir cargando más y más mentiras sobre mis hombros, hasta el punto de encontrarme paralizada bajo tanto peso. Desde entonces, nada había vuelto a ser igual.

Tragué saliva con dificultad e intenté ahuyentar de mi mente los pensamientos negativos que me atormentaban.

Entretanto, las manos me temblaban por culpa de la adrenalina y tenía serias dificultades para abrocharme las sandalias. De fondo seguía oyendo la voz amortiguada de aquel imbécil. Al parecer, hablaba por teléfono con alguien. Al cabo de pocos segundos empezó a soltar tacos a voz en grito.

Volví a oír los pasos de sus pies desnudos sobre el suelo laminado y me di cuenta de que se acercaba a la puerta. «Mierda —pensé—, ¿por qué habré tenido que elegir precisamente estas sandalias? Si me hubiera puesto unas Vans, ya me las habría calzado hace rato.»

—¡Eh! —dijo a mi espalda.

Me volví sin llegar a abrocharme la sandalia derecha del todo y me levanté poco a poco.

—¿Qué? —bufé fulminándolo con una mirada furiosa.

Se había puesto una camiseta azul marino que le quedaba ajustada. Cruzó los brazos delante del pecho una vez más y me miró con el ceño fruncido.

—El otro candidato que tenía acaba de saltar —explicó, y levantó la mano para mostrarme el móvil.

—Ajá —me limité a responder con la máxima indiferencia que fui capaz de fingir mientras buscaba las llaves del coche en el bolso.

El tipo soltó un suspiro exagerado y empezó a golpear el suelo con la punta del pie, esperando el momento en que no me quedara más remedio que volverme hacia él.

—Habrás reglas —empezó a decir al cabo de unos instantes. Lo dijo mirándome con los ojos entornados, como si intentara escanearme de algún modo.

—¿Reglas? ¿Para qué, si se me permite preguntarlo?

Estaba a un tris de perder la paciencia. Lo único que quería

era regresar al albergue y revolcarme en mi propia autocompasión hasta que recuperara las fuerzas necesarias para volver a buscar ofertas de habitaciones libres entre los anuncios clasificados. No estaba dispuesta a soportar que un cabrón como ése siguiera humillándome.

—Para ti. Si todavía te interesa la habitación, habrá unas reglas y tendrás que cumplirlas —explicó.

A continuación hizo un gesto con el que se suponía que me invitaba a pasar y volvió a la sala de estar. Por algún motivo parecía convencido de que lo seguiría, sin más.

—¡No me interesa esa maldita habitación! —le grité antes de agacharme de nuevo para terminar de abrocharme la otra sandalia.

Su cabeza apareció en el marco de la puerta. Se pasó una mano por el pelo antes de hablar.

—Mira, yo necesito la pasta y paso de seguir buscando. Ya me han dejado colgado demasiadas veces.

—¿Por qué será? —le solté, aunque el sarcasmo cayó en el vacío.

—Y tú necesitas encontrar un piso cuanto antes —continuó—. O sea que déjate de chorradas y échale un vistazo a la habitación.

Abrí la boca para replicar, pero el imbécil ya había entrado en la sala de estar sin esperar a ver mi reacción.

En realidad, lo que más me apetecía en esos momentos era marcharme dando un portazo espectacular, pero en lugar de eso me detuve a pensarlo unos segundos. A decir verdad, el pasillo y la sala de estar ya me parecían mucho mejor que todos los pisos que había visto desde el día anterior juntos, y sin duda alguna prefería empezar el semestre allí que en un banco del parque. Al fin y al cabo, echar un vistazo a la habitación no me haría ningún daño, por muy chiflado que estuviera ese tipo.

Con la de veces que había tenido que tragarme el orgullo ese día, por una más no pasaría nada.

—Bueno, vale.

Sin tomarme la molestia de descalzarme otra vez, fui a la sala de estar. Ya un poco más calmada, pude apreciar con claridad lo bien decorado que tenía el piso: un sofá gigantesco en forma de U, adornado con unos cuantos cojines, ocupaba un lugar preferente en el centro de la sala. Detrás, había una ventana tras la que se intuía un balcón. A la derecha, una cocina abierta con barra y una encimera de grandes dimensiones.

—La sala de estar ya la has visto, y ahí detrás está la cocina. El baño está aquí —me iba contando el imbécil mientras cruzábamos la sala de estar. Con un gesto desganado señaló hacia una puerta entreabierta que me permitió vislumbrar unos azulejos azul celeste y una bañera enorme antes de llegar a la última puerta—. Es ésta. No es que sea especialmente grande, pero aun así es mejor que vivir en la residencia de estudiantes —dijo haciendo girar el pomo.

Contuve el aliento y entré en la habitación.

Efectivamente, era un cuarto más bien pequeño, de unos trece metros cuadrados, pero el color beige de las paredes y la ventana, por la que entraba la última luz del atardecer, compensaban el tamaño. Se notaba que ya no la ocupaba nadie: aparte de un escritorio, una silla giratoria de color blanco, una estantería pequeña y una cama, no había nada más. Al ver lo roñoso que estaba el colchón, no pude evitar fruncir la nariz. No quería saber lo que debía de haber sufrido ese colchón para acabar en ese estado.

—No te preocupes, Ethan todavía tiene que venir a recoger su colchón —dijo el imbécil, señalando hacia la cama con la barbilla—. Puedes aprovechar el escritorio y la estantería, si quieres.

Asentí poco a poco y aparté la mirada de la cama.

La habitación también tenía el suelo laminado, como el resto del piso. Levanté la cabeza y examiné los cuatro rincones buscando el más mínimo indicio de humedad, pero no encontré nada.

Allí podría estudiar. Y cuando se llevaran la cama me compraría un sofá cama, para ahorrar espacio. Ya me lo imaginaba, con una bonita colcha y todo. ¡Y una guirnalda de lucecitas! Una guirnalda de lucecitas quedaría perfecta en esa habitación. Mi madre las odiaba a muerte, decía que le parecían una baratija, que no encajarían con el resto de la exquisita decoración que tanto se había esmerado en seleccionar. Además, siempre me decía que ya era mayorcita para algo tan infantil, y en una ocasión en la que me compré una de esas guirnaldas con mi propio dinero, le ordenó a la señora de la limpieza que se deshiciera de ella cuanto antes.

Decidido: colgaría una guirnalda de lucecitas. De hecho, pensé en llenar la habitación con todas las cosas que no había podido tener nunca por el simple hecho de que no complacían lo suficiente a mi madre.

Al fin y al cabo, tampoco le complacería lo más mínimo mi compañero de piso. Seguramente le daría un infarto con sólo verlo. O vomitaría. Casi me eché a reír sólo de pensarlo.

—De acuerdo, me la quedo —dije sin dudar.

Di una vuelta sobre mí misma y vi que el tipo me miraba con actitud pensativa. Me fijé otra vez en los tatuajes de los antebrazos y..., sí, no me quedó ni la más mínima duda de que a mi madre le daría algo si llegaba a verlo, lo que añadía un aliciente más al hecho de haber escogido aquella habitación para solucionar el problema de mi alojamiento.

—Todavía no has oído las reglas —me advirtió, y me pareció vislumbrar un atisbo de diversión en sus ojos.

—Dispara, pues —repuse mientras daba otra vuelta sobre mí misma.

En ninguna otra habitación había tenido la sensación que se apoderó de mí en esos momentos: la sensación de que ahí podía ser feliz. Me traían sin cuidado las reglas que quisiera imponer aquel imbécil. Don No-quiero-vivir-con-mujeres se acercó al escritorio con parsimonia, se apoyó en él de espaldas y cruzó los brazos sobre el pecho una vez más, en un gesto que, no obstante, en esa ocasión me pareció más defensivo que provocador.

—Primero —empezó a decir levantando un dedo—, no me darás el coñazo con tus chorradas. Me importa una mierda tu vida, o sea que no vengas a agobiarme con tus problemas. Nada de reuniones de chicas en mi sofá. El mando a distancia de la tele es cosa mía y no quiero dramas: ni gritos ni lloriqueos en casa.

—Por mí, ningún problema —respondí con frialdad.

—Segundo —prosiguió—: no quiero oírte cuando venga con un ligue. No tengo que justificarme por nada de lo que haga en mi propia casa.

—No me importa en absoluto a quién te tires —repliqué, aunque no pude evitar lanzar una mirada de escepticismo hacia la puerta. Su cuarto estaba en el otro extremo del piso, pero no sabía hasta qué punto podía llegar a ser escandaloso. Arrugué la frente, esperando no enterarme de gran cosa cuando se ligara a alguna chica.

—Y tercero —anunció, apartándose del escritorio y acercándose mucho a mí. Era unos cuantos centímetros más alto que yo, por lo que tuve que echar el cuello hacia atrás para no perder de vista sus ojos color caramelo—, me importa una verdadera mierda lo buena que estés y lo bien que te queden esos pantalones cortos.

De repente noté un calor intenso en las mejillas, pero me esforcé por no reaccionar ni siquiera con un pestaño.

—Tú y yo no nos acostaremos bajo ninguna circunstancia, o sea que no te hagas ilusiones, ¿entendido?

Noté la vibración de su voz grave y su aliento me hizo cosquillas en las sienes. Enseguida sentí un hormigueo en el estómago que no era hambre ni mucho menos. Olía muy bien, a una mezcla de gel de ducha y menta. Tal vez fue por la súbita proximidad con la que me habló, pero el caso es que tardé unos segundos en comprender lo que acababa de decirme.

—Espero no herir tu ego —dije impasible—, pero ya hace tiempo que dejaron de gustarme los chicos malos y no tengo intención de volver a caer en eso.

Y era cierto. Me había hecho el firme propósito de no salir con ningún chico en un futuro próximo.

Al parecer, el muy imbécil no había contado con eso. Sus ojos no tuvieron tiempo de ocultar su asombro, que se hizo patente antes incluso de que diera un paso atrás para apartarse de mí.

—Muy bien. En ese caso, bienvenida a *chez White* —dijo extendiendo una mano hacia mí—. Me llamo Kaden.

Por un momento me quedé absolutamente perpleja. Luego levanté los ojos y reaccioné con un brinco de alegría.

—¿Me estás diciendo que puedo quedarme con la habitación? —exclamé con un aullido.

Kaden hizo una mueca.

—Ya estás infringiendo la regla número uno.

De inmediato reprimí las ganas de celebrarlo saltando y bajé la voz de nuevo a un registro más audible para los seres humanos.

—Perdona, yo soy Allie.

Mi nuevo nombre salió de mis labios con toda naturalidad. Probablemente porque ya había tenido que presentarme en el resto de las visitas.

Estreché la mano cálida y áspera de Kaden. El escalofrío que recorrió mi cuerpo por dentro en ese instante me cogió totalmente desprevenida, igual que el hormigueo que empecé a sentir en el estómago y que se extendió todavía más cuando comenzó a describir círculos con el dedo pulgar sobre el dorso de mi mano. La retiré bruscamente y me lo quedé mirando indignada.

—Sólo quería comprobar si habías entendido la regla número tres —dijo con una sonrisa de autosuficiencia mientras hundía las manos en los bolsillos de los pantalones.

Yo resoplé con desprecio. El tío estaba como un queso, pero tampoco es que fuera irresistible. Esas reglas en las que tanto insistía eran ridículas e innecesarias. Me froté el dorso de la mano varias veces para librarme del cosquilleo que me había dejado. Joder, ¿por qué tenía que tener unas manos tan cálidas?

—Bueno, ¿qué? ¿Cuándo puedo traer mis cosas? —pregunté.

Kaden encogió un hombro y se volvió hacia la puerta.

—Me haces una transferencia con el alquiler y la mitad de la fianza y la habitación es tuya.

Esperé hasta que hubo salido y, entonces sí, me puse a bailar para celebrarlo.